

ORACIÓN

Señor y Hermano Jesús, Tú dijiste a los tuyos: “Recibid el Espíritu Santo”. Tu mayor anhelo es darnoslo; entregaste tu vida en la cruz para entregarnos tu Espíritu: abre nuestros corazones para recibirlo como aliento y gozo en el corazón, y fortaleza para la vida; y así podamos transformar este mundo en un mundo según tu corazón.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. AMEN.

TEXTO

MARCOS 9,14-29

«¹⁴Y, yendo a los discípulos, vieron mucha muchedumbre en torno a ellos y a unos escribas discutiendo con ellos. ¹⁵Y, de inmediato, toda la muchedumbre, viéndole [a Jesús], quedó sorprendida y, echando a correr, lo aclamó.

¹⁶Y les preguntó: “¿De qué discutáis con ellos?”.

¹⁷Y le respondió uno de la muchedumbre: “**Maestro**, he traído ante ti a mi hijo, que tiene un espíritu mudo.

¹⁸Y en cualquier parte donde se apodera de él, lo derriba; y echa espumarajos por la boca, rechina sus dientes y se vuelve rígido. Y dije a tus discípulos que lo expulsaran, pero no tenían fuerza”.

¹⁹Pero él, respondiendo, les dice: “Oh generación incrédula, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? Traedlo ante **mí**”.

²⁰Y lo trajeron ante él.

Y, al verlo, el espíritu le convulsionó de inmediato [al muchacho] y, cayendo a tierra, se revolcaba echando espumarajos por la boca.

²¹Y preguntó a su padre: “¿Cuánto tiempo hace que le está sucediendo esto?”.

Y él dijo: “Desde la niñez. ²²Y muchas veces lo ha echado al fuego y a las aguas para destruirlo. Pero, si algo puedes, ayúdanos teniendo compasión de nosotros”.

²³Pero Jesús le dijo: “¿Si puedes? ¡Todas las cosas son posibles al que cree”.

²⁴De inmediato, gritando el padre del niño, decía: “Creo; ayuda a mi incredulidad”.

²⁵Pero viéndolo Jesús que se reunía rápidamente una muchedumbre, recriminó al espíritu impuro diciéndole: “Espíritu mudo y sordo; yo te lo ordeno: ¡Sal de él y no entres de nuevo en él!”.

²⁶Y, dando gritos y convulsionándolo grandemente, salió; y [el muchacho] quedó como muerto, de modo que muchos dijeron que había muerto.

²⁷Pero Jesús, agarrándole la mano, lo levantó y se puso en pie.

²⁸Y, tras entrar él en una casa, sus discípulos le preguntaron en privado: “¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?”.

²⁹Y les dijo: “Esa clase no puede ser expulsada sino con oración”.

COMENTARIO

- Después de la magnífica experiencia de la Transfiguración en la cumbre de la montaña (9,2-8) y del diálogo sobre temas escatológicos al bajar de ella (9,9-13), Jesús y sus discípulos más cercanos vuelven al mundo inferior para enfrentarse a la miseria, la enfermedad y la falta de sensibilidad humana, aunque también a sus esperanzas a pesar de la desesperación. El relato contiene varias repeticiones y torpezas, lo que ha hecho que algunos lo vean como la refundición de dos fuentes. Por ejemplo, hay dos descripciones de la enfermedad (9,17-18 y 21-22); se presenta dos veces al muchacho para su curación (9,17.20); hay dos identificaciones del demonio (9,17.25); este reacciona dos veces a la presencia de Jesús (9,20.26) y, por último, parece difícil que la muchedumbre, que está ya en la escena en 9,14, parezca llegar por vez primera en 9,25.

El pasaje tiene cuatro partes: 1) la vuelta de Jesús a la esfera pública (9,14-16); 2) su conversación con el padre del muchacho poseído (9,17-24); 3) el exorcismo propiamente tal (9,25-27) y 4) la conclusión del relato por medio de una conversación privada de Jesús con los discípulos (9,28-29). De estos elementos, el segundo -la conversación con el padre del muchacho- es especialmente importante, pues acapara la mitad de versículos del relato para un diálogo acerca de la relación entre el poder espiritual, la fe y la incredulidad.

- 9,14-16: Después de la Transfiguración (9,2-8) y del diálogo durante el descenso de la montaña (9,9-13), Jesús vuelve «al mundo del pecado y el dolor», para encontrar que ese mundo es un alboroto causado por una discusión entre los escribas y los discípulos que no habían subido con Jesús al monte de la Transfiguración (9,14). Aunque los discípulos no desempeñen un papel principal en el resto del pasaje, las referencias a ellos al principio y el final son importantes ya que la perícopa está situada dentro de una sección del evangelio que tiene que ver con el seguimiento de Jesús (8,22-10,52). Considerada en este contexto, la presentación del padre del muchacho poseído, *que tiene y no tiene fe*, ha de entenderse como un ejemplo de los discípulos que tienen y no tienen fe a la vez, al igual que la descripción del ciego que ve y aún no ve (8,22-26) refleja su visión espiritual imperfecta.

No es sorprendente que, después de los rasgos mosaicos de la Transfiguración, el pasaje siguiente sea de algún modo similar a la vuelta de Moisés del Sinaí (Ex 32). En ambos casos, al bajar, el dirigente ve un espectáculo terrible marcado por la continua presencia del pecado y de la dureza de corazón en un mundo que, sin embargo, está en el camino de la redención. Finalmente, ya que nada sugiere en el relato un motivo suficiente para la reacción aterrada de la muchedumbre ante Jesús en 9,15, podemos sugerir que en este rasgo puede haber una alusión a Ex 34,29-30, donde Moisés, que desciende de la montaña, inspira temor por su faz resplandeciente.

- 9,17-19: Retrato de la situación del muchacho. En respuesta a la pregunta de Jesús sobre la causa de la conmoción (9,16), un hombre da un paso adelante de entre la muchedumbre y describe cómo trajo a su hijo poseído por el demonio para que los discípulos de Jesús se lo exorcizaran (9,17-18). Los términos con los que el hombre recuerda este encuentro son significativos: «Maestro, te traje a mi hijo...» (9,17a). El hombre quiso llevar el muchacho a Jesús, mas al encontrarse con que estaba lejos en aquel momento, se dirigió a sus discípulos. Los lectores de Marcos podrían ver una *implicación más profunda*: traer un endemoniado a los discípulos es equivalente a llevarlo a Jesús mismo, ya que este ha comisionado a los Doce «para que estén con él» y «para tener autoridad para expulsar demonios» (3,14-15). Así pues, *por su unión con Jesús*, los discípulos poseen el poder de exorcizar, que han demostrado en una acción anterior del evangelio (6,7.13). Esta vez, sin embargo, no han sido capaces de utilizar este poder y al final del pasaje los discípulos retornarán a la cuestión del porqué (9,28-29).

El padre del muchacho continúa proporcionando una descripción detallada de los síntomas del ataque demoníaco, a saber, el mutismo, las convulsiones, los espumarajos en la boca, el rechinar de dientes y la rigidez (9,17b-18). Queda claro por esta descripción, por el relato siguiente de la posesión del muchacho

(9,20) y por los detalles ulteriores del padre (9,21-22), que el joven es un epiléptico y que habría sido reconocido como tal por los lectores antiguos. Nuestro pasaje atribuye inequívocamente esta enfermedad a un demonio, un hecho que puede molestar al cristiano que quiere conciliar la visión bíblica del mundo con el espíritu científico moderno. Es importante observar, sin embargo, que nuestro pasaje no trata principalmente sobre la creencia de Marcos en el poder de los demonios, sino en especial de su creencia en que esta fuerza, terriblemente poderosa y hostil, *ha sido vencida por Jesús*. Así, el tema del pasaje es similar al de la controversia sobre Beelzebul en 3,20-30. Ambos textos otorgan una importancia especial a las raíces *dyn-* («ser capaz de») e *isch-* («ser fuerte») en un contexto que tiene que ver con el exorcismo: Jesús vence a enemigos sobrenaturales lo suficientemente poderosos como para ser capaces de derrotar a cualquier otro que no fuera él.

La reacción inicial de Jesús al anuncio del hombre sobre el fracaso de los discípulos en sus intentos de curar a su hijo es extraordinariamente apasionada: «Oh generación incrédula. ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré?» (9,19a). Puesto que se acaba de relatar una carencia de los discípulos, hemos de pensar que probablemente estas palabras se aplican a ellos en primer lugar, especialmente porque el elemento temporal en la frase «¿Hasta cuándo estaré con vosotros?» es un eco de las palabras recientes de Jesús a sus discípulos: «¿Aún no entendéis?» (8,21). Las palabras de Jesús aluden también al éxodo y a las tradiciones del desierto que han desempeñado ya un papel tan importante en esta sección del evangelio: la queja de Jesús ahora resulta similar a la de Dios ante Moisés en Nm 14 tras el pésimo informe sobre la tierra prometida de los espías israelitas y después de la afirmación del pueblo de que sería más conveniente regresar a Egipto (Nm 14,11). Un vocabulario similar al de Mc 9,19 se halla también presente en Dt 32, donde el grupo del éxodo es designado como una «generación perversa, hijos en los que no hay fidelidad alguna» (Dt 32,20). Pero Jesús concluye su intervención a «la generación incrédula» no con un reproche, sino con *un nuevo encargo*: «Traédmelo». Así pues, incluso en el momento de su más bajo perfil, los discípulos no quedan excluidos de participar en la comunicación por parte de Jesús del poder liberador divino en un mundo poseído por el Demonio.

- 9,20-24: La llegada del muchacho endemoniado ante Jesús desencadena una reacción abrupta y violenta: el demonio posesivo, al ver al sanador, arremete inmediatamente contra su víctima con uno de esos ataques epilépticos que acaban de ser descritos, provocando convulsiones al muchacho, abatiéndolo, haciéndole echar espuma por la boca y rodar sobre la tierra (9,20). Se podría considerar falta de sensibilidad que, ante el muchacho que rueda convulso a sus pies, Jesús pregunte calmadamente a su padre: «¿Cuánto tiempo hace que le está sucediendo esto?» (9,21a). Esta pregunta, sin embargo, tiene al menos tres objetivos. Primero, en términos narrativos, sirve para obtener del padre una declaración que acentúe la duración del estado de su hijo, *umentando la magnitud de la próxima curación*. Segundo, en términos de técnica exorcista, representa una operación de recogida de datos; Jesús recibe información sobre la naturaleza del demonio, que será vital para la tarea de la expulsión. Tercero, en términos de la historia de la salvación marcana, la pregunta une la terminación del reinado demoníaco en el muchacho con la acción escatológica de Dios en la historia por la muerte de su Enviado ya que recuerda la pregunta de Jesús: «¿Hasta cuándo estaré con vosotros?» (9,19).

El padre contesta que su hijo ha estado sufriendo tales ataques desde la niñez (9,21b) y añade un detalle que acentúa la naturaleza destructiva del espíritu: a veces lo «lanza al fuego o a las aguas para destruirlo» (9,22a). En el relato total marciano, estas palabras repiten la queja de otro demonio -«¿Has venido para destruirnos?» (1,24)- y son un recordatorio de la enemistad mortal entre Jesús, el libertador y sanador de los seres humanos y el mundo del Diablo que procura su opresión y destrucción.

El recuerdo por parte del padre de la frecuencia con la que el espíritu ha conducido a su hijo al borde de la muerte lo mueve a concluir suplicando apasionadamente ayuda a Jesús: «Pero, si puedes hacer algo, ten compasión de nosotros y ¡ayúdanos!» (9,22b). La *identificación* del padre con el destino de su hijo está aquí afectuosamente indicada por el empleo de la primera persona plural del pronombre: «Ten compasión de *nosotros* y ayúdanos». La súplica parece repetir también *fórmulas litúrgicas* del Antiguo

Testamento que urgen a Dios a tener compasión «de nosotros» (por ejemplo, Sal 123,2-3; Eclo 36,1) o a «ayudarnos» (2Cro 14,11; Sal 79,9, por ejemplo). Además, estas plegarias litúrgicas invocan con frecuencia el amor de Dios como motivo para tal ayuda y *contrastan la suficiencia divina con la ineficacia humana* (Sal 44,26; Sal 60,11; Sal 108,12). El relato está situando a Jesús en *una posición análoga a Dios*. Jesús parece ignorar en su respuesta una dimensión emocional, poniendo en cambio en el centro *la cuestión de la confianza en Dios*. Jesús rechaza la frase condicional del padre: «Si puedes hacer algo»; Jesús confronta la carencia de confianza implícita en estas palabras con el aserto de que *todas las cosas son posibles «al que cree»* (9,23). Los exegetas están divididos acerca de la importancia de esta respuesta: ¿es la fe del padre la que podría hacer posibles todas las cosas, curación de su hijo incluida, o que todas las cosas, incluido este exorcismo, son posibles para Jesús, el hombre de la fe perfecta? Esta discusión exegética es similar a la que hay entre los intérpretes paulinos sobre si *la pistis Iésou*, que justifica a los seres humanos, es *la fe en Jesús o la fe/fidelidad de Jesús*.

Los testimonios marcanos acerca del significado de la frase «el que cree» son ambiguos. Por un lado, en este caso, el hombre parece tomarla como una referencia a sí mismo ya que responde asegurando a Jesús que él cree de verdad, aunque imperfectamente. En otros lugares del evangelio, además, la fe de los solicitantes a Jesús aparece vinculada a la curación milagrosa (5,34; 10,52), a la vez que la fe nunca se atribuye directamente a Jesús mismo. Por otra parte, los otros dos casos marcanos de la expresión *panta dynata* («todas las cosas son posibles»: 10,27; 14,36) atribuyen la omnipotencia a Dios y no a la capacidad humana, y acabamos de ver que nuestro relato parece situar a Jesús en una posición análoga a la de Dios. Además, la pregunta implícita que ha precipitado la declaración de Jesús sobre la completa suficiencia de la fe es si él, Jesús, puede curar al hijo del solicitante («Si puedes...»); esto tendría sentido si su respuesta se refiriera a su propia fe más que a la del solicitante. Con tales señales contrarias en el texto, lo mejor podría ser aceptar que la declaración de Jesús es deliberadamente ambigua y propone dejar espacio para ambas interpretaciones: al padre se le pide que mude su atención desde su propia situación, aparentemente desesperada, hacia el Dios Fiel que tiene todo el poder en su mano y a la vez se denomina «fe» a ese acto de reorientación.

Pero ¿de dónde debe venir tal fe? El padre exclama con «un grito atormentado» (que, por su gran honestidad, constituirá un *inmenso alivio* para aquellos cristianos que se encuentran análogamente situados en la incierta frontera entre la fe y la duda): «Creo; ¡ayuda a mi incredulidad!» (9,24). La especificación enfática del solicitante como «el padre del niño» acentúa de nuevo la cercana relación entre él y su hijo. En realidad, no hay necesidad alguna de designar al actor, e incluso si así fuera, el sintagma «del niño» resultaría superfluo; sin embargo, en la lógica de la presente historia marcana, la relación entre el padre y el hijo no es el centro de la atención, sino simplemente el pretexto para el diálogo crucial sobre la fe y la incredulidad. El conflicto interno de un hijo tan querido fuerza al padre a enfrentarse a su propia división interior, a su *condición simultánea de creyente e incrédulo*. «Creo» - afirma- y la mayor parte del relato hasta el momento apoya esta afirmación: ha llevado a su niño enfermo a Jesús; ha persistido en la tentativa de conseguir su curación incluso después de que los discípulos resultaran ser incompetentes y de que Jesús mismo respondiese con una actitud indiferente en apariencia. Pero añade: «Ayuda a mi incredulidad». El padre del epiléptico alberga todavía alguna duda sobre si Jesús es en realidad capaz de socorrerlo. No quiere ceder terreno a esta duda, pero se siente incapaz de evitarlo por sí mismo, otro ejemplo del tema de *la incapacidad humana* que penetra todo el pasaje. Estas últimas palabras tuyas son tanto un reconocimiento de su pertenencia a la generación incrédula que ha rechazado las aseveraciones de Jesús, como una aceptación de que si debe conseguir la fe, *esta debe venir como un don de lo alto*.

Por consiguiente, el padre del muchacho epiléptico es, por esa doble situación de creyente e increyente, justo y pecador, *un símbolo perfecto para el discípulo cristiano*. Aunque la fe y la incredulidad se hallan contrapuestas en el ámbito de la lógica, en la experiencia cristiana son una realidad simultánea; el que cree está siempre implicado simultáneamente en una batalla contra la incredulidad. Resulta significativo que en la transición de la súplica de 9,22 a la de 9,24, el padre se mueva desde un imperativo aoristo

(«ayúdanos» como una acción puntual) a un imperativo presente, que implica una acción en curso («Ayuda [continuamente] a mi incredulidad»). Esta concepción de la fe -a saber: que sufre un constante ataque y que necesita consecuentemente buscar el socorro divino en todo momento- encaja muy bien con la exhortación posterior de Jesús a los discípulos a orar continuamente teniendo en cuenta su doble condición de buena disposición de espíritu pero debilidad de la carne (14,38). Ello concuerda también con la representación general marcana de los discípulos como gente de fe, que dejan todo para seguir a Jesús y que obran milagros en su nombre, pero que se muestran también miserablemente «incrédulos» en coyunturas cruciales del relato.

- 9,25-27: El exorcismo. La exclamación arrepentida del padre atormentado, que «cree y teme creer», va seguida de un apiñamiento de la gente que, por lo visto, ha sido atraída por el espectáculo ofrecido por la situación del muchacho y el grito de su progenitor. Jesús, viendo la conmoción, entra inmediatamente en acción y ordena al demonio que salga del muchacho (9,25). Los términos de esta orden están tomados de la práctica contemporánea mágica; Jesús no solo utiliza un conjuro común en los papiros mágicos («Te lo ordeno»), sino que manda también al demonio que no vuelva jamás, un motivo frecuente en los exorcismos paganos y judíos y luego cristianos. Sin embargo, la voz de mando de Jesús no es precisamente un acto mágico, sino un arma en la guerra cósmica, escatológica, de Dios contra Satanás, que rápidamente se acerca a su batalla decisiva. Este marco escatológico queda sugerido por el empleo por parte del narrador de *epetimesen* («recriminó») para caracterizar el conjuro; este término evoca los mitos de la creación y los ensueños de victoria escatológica. En este tipo de contexto, la orden al demonio de que no vuelva jamás adquiere una resonancia escatológica añadida: el exorcismo es permanente porque es parte de la victoria definitiva de Dios sobre las fuerzas del mal.

Dentro del evangelio marciano, esta victoria apocalíptica está ligada a la muerte y resurrección de Jesús, y la conclusión del exorcismo sugiere esta relación. El demonio, en una demostración dramática del poder de Jesús, sale del muchacho con tal violencia que parece haberlo matado (9,26); Jesús, sin embargo, toma al joven de la mano y lo libera del ámbito de la muerte (9,27). Aunque el muchacho parezca haber expirado, no se permitirá a la muerte tener la palabra final, una lección que los lectores de Marcos podían aplicar a los compañeros cristianos difuntos. Pero la relación más directa es con Jesús mismo, ya que los vocablos empleados en nuestra historia («muerto... levantó... se puso en pie»), similares a los utilizados en la curación de la hija de Jairo, evocan también a los utilizados para la propia muerte y resurrección de Jesús. Marcos parece decir que el poder por el que Jesús levanta al muchacho aparentemente muerto y lo devuelve a la vida es el mismo por el que Dios levantará a Jesús mismo.

- 9,28-29: Diálogo conclusivo con los discípulos. Mas ¿por qué los discípulos, que parecían antes compartir el poder de Jesús de expulsar los demonios (3,15; 6,7.13), fueron incapaces de exorcizar este espíritu particular? Esta es la pregunta formulada por ellos a Jesús después de que se hubieron retirado con él, en privado, a una casa (9,28), un artificio marciano para suscitar cuestiones que son de interés para su propia comunidad (cf. 7,17-23 y 4,10-20.33-34; 13,3-37). La respuesta de Jesús es que «esta clase» de demonios solo puede ser desalojada por la oración (9,29).

La réplica de Jesús suscita tantas preguntas como respuestas ya que Jesús mismo, a pesar de haber prescrito la oración como antídoto para el espíritu epiléptico, no aparece rezando antes de expulsar al demonio. Puede ser que haya que sobrentender su rezo, o que Marcos haya ya caracterizado suficientemente a Jesús como un hombre de oración de modo que no necesite hacerlo aquí (cf. 1,35; 6,46; 14,32-42). Es asombroso, de todos modos, que en 9,29 Jesús formule una regla para el exorcismo que él mismo no pone en práctica. Y ¿por qué el relato del exorcismo identifica la fe como factor crucial en la realización del milagro cuando Jesús, en la instrucción privada a los discípulos, destaca la oración? Estos son los tipos de dificultades del relato, que se relaciona con *los dos niveles de la naturaleza* de los relatos evangélicos: en un nivel el evangelista está contando una historia sobre lo que pasó en otro tiempo, en los momentos de Jesús; pero en otro nivel narra una historia sobre lo que está pasando en

ese momento en su propia comunidad cristiana, y la combinación de estos dos planos del relato contribuye a la generación de incongruencias literarias. Así, en el período postpascual, el contacto físico con Jesús no es ya posible, pero la oración sí lo es; de ahí la respuesta de Jesús a los discípulos en 9,29. Además, Jesús es de algún modo en nuestro pasaje el objeto y no el sujeto de la plegaria.

Pero hay un personaje en la historia que sí reza y es el padre del muchacho. Como se ha mostrado anteriormente, las palabras que dirige a Jesús evocan una súplica litúrgica, y Marcos presenta su postura de «creer y no creer a la vez» como una imagen del modo como el cristiano está ante Dios y ante Jesús en la oración. Así pues, hay un puente que une los dos niveles del relato marcano, a saber, considerar la plegaria de la iglesia como una expresión de fe y, a la vez, ver la súplica del padre ante Jesús, que cree al mismo tiempo que confiesa incredulidad, como una especie de plegaria.

Lo que ocurre «en la casa» es un reflejo a menudo de lo que pasa en las iglesias domésticas que componen el grupo marcano y otras comunidades cristianas; igualmente, la queja de los discípulos, «¿Por qué *nosotros* no fuimos capaces de expulsarlo?», repite probablemente algo que la gente decía dentro de la comunidad cristiana de Marcos. Si el maestro de los cristianos es, como ellos afirman, un ser omnipotente a quien Dios ha vindicado por la resurrección, ¿por qué no conservan sus seguidores la fuerza operadora de milagros que él poseyó durante su vida? Esta cuestión en particular ocasionaría tensión en una comunidad marcana situada temporalmente cerca de la guerra judía, en la que otros pretendientes mesiánicos realizaban signos y prodigios que suscitaban la fe en su estatus sobrenatural y constituían así una poderosa tentación para los cristianos marcanos (cf. 13,21-22).

La respuesta de Marcos a esta tentación es doble. Por un lado, el evangelista da a entender que el poder de operar milagros *está todavía disponible* para los cristianos por la gracia de Jesús y de Dios; aún se puede desarraigar montañas y echarlas al mar (11,23). La frecuencia de historias de sanación y de exorcismos dentro del evangelio, así como las narraciones de los éxitos de los apóstoles en las curaciones, sugieren que *tales acontecimientos extraordinarios eran todavía reconocibles en tiempo de Marcos*. Por otro, el evangelio muestra también, sobre todo en su segunda mitad, que de vez en cuando el poder divino de Jesús parece eclipsarse. Aunque Dios omnipotente pueda inspirar todavía plegarias eficaces para activar el poder que opera milagros, puede elegir también inspirar oraciones como la de Jesús en Getsemaní: «No lo que yo quiero, sino lo que tú quieres» (14,36). En el caso de Jesús, esa oración suya, de una fidelidad suprema, conducirá finalmente a una eclosión final e incomparable de poder divino en el mundo; pero como muestra el siguiente pasaje, tal eclosión solo puede ocurrir cuando el que pronuncia la oración es entregado a la voluntad hostil de una generación incrédula, «que hará con él lo que quiera» (9,13).

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiones, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza